

Cultura y Espectáculos



En la imagen, de izquierda a derecha: Rodrigo Fresán, Roberto Bolaño, Mario Mendoza, Jorge Franco, Edmundo Paz Soldán, Fernando Iwasaki, Gonzalo Garcés, Iván Thays, Santiago Gamboa, Cristina Rivero Garza, Jorge Volpi e Ignacio Padilla en la sede sevillana de Casa Fabiola en el año 2003

La generación que rompió con el «boom»

La fotografía ya es histórica. Se tomó en Casa Fabiola, en Sevilla, sede la Fundación José Manuel Lara. Fue la última instantánea del escritor Roberto Bolaño, erigido en «hermano mayor». El año era 2003. El día, 29 de junio. Dos meses después, el autor de «Los detectives salvajes» fallecería. Entonces, la reunión de estos escritores —en la imagen— se habían reunido en otras dos ocasiones en la Casa de América de Madrid en 1999 y 2000 para desligarse del pasado literario del «boom». No eran la generación del «crack» y el eco del manifiesto «McCondo» quedaba lejos. Su lucha era deshacerse de los prejuicios que lastraban a los jóvenes escritores, las divisiones entre España y América, y conseguir una voz propia.

Los hermanos pequeños de Roberto Bolaño

■ La nueva narrativa iberoamericana se reúne en El Escorial y reconoce el importante papel que desempeñó el escritor chileno ■ Volpi, Newman o Padilla, entre otros, debaten la herencia que han dejado el realismo mágico y Borges

La literatura tiene sus propios padres. Y en el caso de los autores iberoamericanos, la huella del «boom» era demasiado fuerte. Volpi, Iwasaki y Newman discuten en El Escorial cuáles han sido y son los caminos de la escritura que les ha guiado hasta hoy.

EVA MUÑOZ

San Lorenzo de El Escorial (Madrid). La jornada se anunciaba como el «Boomsday». Varios de ellos se presentaron ante la audiencia como «Los hijos del boom». Luego se echaron cuentas y resultó que más que de hijos se trataba de nietos, incluso de sobrinos. Aparecieron padres putativos en la orilla española y mientras alguno demandaba «pasar página» otro reconocía que si alguna ventaja aporta la literatura es la de poder escoger a padres, abuelos y resto de parentela. Estas disquisiciones tenían lugar ayer en San Lorenzo de El Escorial, donde comenzó el encuentro «Nueva literatura de Extremo Occidente», que dirige el escritor peruano Fernando Iwasaki en el marco de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense. El primer nieto que

les salió fue Jorge Eduardo Benavides. «Como dijo Christopher (Domínguez Michael), hay una generación de escritores, previa a nosotros, que lo tuvo más difícil, porque fueron los que tuvieron que luchar con la sombra de los escritores del «boom». Nosotros venimos a ser o los nietos, porque no nos ha tocado luchar sino conocer. Estamos a una saludable distancia».

Cincuenta años antes. Más radical se mostraba el argentino Andrés Newman, uno de los más jóvenes de la generación, quien reclamaba pasar página. «Mi intención no es discutir la calidad de Vargas Llosa o de García Márquez porque sería una estupidez. Son grandísimos escritores. Ahora bien, no tengo ganas de empezar a definir mi identidad a partir de unos señores que nacieron medio siglo antes que yo. Me parece que ya va siendo hora, no de minimizar su importancia, sino de pasar página, en el sentido de que nuestra identidad no debería construirse a partir de ese sino de otros espejos». Al igual que Borges, Faulkner o Chéjov, los autores del «boom» son para este autor «clásicos modernos», respecto a los que, más que «nietos», se reclama «observador». Una relación más cercana parece establecer con el autor de «Los detectives salvajes» por

la vía de la poesía. «Lo que más me vincula con Bolaño es que él escribe novela desde la poesía, desde la conciencia del lugar que ocupa la poesía en la literatura. Y creo que en ese sentido recupera el vínculo con el verdadero «boom», entendiéndolo por «verdadero» el primero, que fue el de los poetas hispanoamericanos de principios de siglo, la estirpe que empezó con Rubén Darío y siguió con Vallejo, Neruda y que fueron

«Lo que me vincula a Roberto Bolaño es que él escribe novela desde la poesía», afirmó Newman

quienes, desde la poesía, trajeron la modernidad al idioma castellano».

Al venezolano Juan Carlos Méndez Guédez le «encantaría» ser hijo de los autores del «boom». «Físicamente —bromea— Hubiera tenido una vida más sencilla». Y como eso no le ha sido dado, dice quererlos y admirarlos «como esos abuelos entrañables con los que tienes una relación más sencilla que con tus propios padres». Reconoce que, en su adolescencia, «sí fueron fundamentales para que yo alguna vez me planteara

ser escritor. Eran visibles y hablaban de cosas cercanas». Pero, «con los años la familia literaria se va ampliando y descubres que también hay un abuelo llamado Homero». «Ahora mismo —añade— para los autores de mi edad también la novela española tiene un peso importante. Muñoz Molina, Javier Marías o Vila Matas son autores de referencia». Así es que aunque «desde cierta perspectiva histórica sería más sen-

«Buena parte de nosotros sentimos que el escritor más influyente es Borges», dijo Volpi

cillo mirarnos como una continuidad, sería una continuidad complejizada, y con elementos novedosos, como el hecho de que en otros momentos la novela hispanoamericana y la novela española ya no funciona tanto». «Esto sería otra novedad —apunta Newman—. Creo que no se puede decir que la literatura española funcione como una unidad, pero hay como «movimientos tectónicos» que tienden a eso. Yo lo prefiero, desde luego». Peter Elmore se remite a un personaje de la novela de Pi-

glia «Respiración Artificial» para dar su versión: «La literatura no se transmite de padres a hijos sino de tíos a sobrinos». Padre sólo hay uno y tíos se pueden tener varios. Y en el caso de los latinoamericanos, «esos padres pueden ser de distintas nacionalidades y distintas lenguas». Mientras Iwasaki reafirma su deuda con Cabrera Infante y Cortázar, Ignacio Padilla concluye: «Nuestro bisabuelo o los del boom y los de nuestra generación, conducen a Borges o, si lo prefieres, todos los caminos en términos de literatura latinoamericana llevan a Cervantes por vía de Borges». «Bolaño surge como el eslabón entre la generación de escritores nacidos en los sesenta y el «boom» latinoamericano». Volpi, que se reclama en la senda de Fuentes por su ambición totalizadora, también se manifiesta en esa línea. «Buena parte de nosotros sentimos que el escritor más influyente es Borges, pero eso no impide que otros escritores de la tradición latinoamericana y de muchas otras partes los podamos considerar padres literarios». «La idea —concluye—, es que en esa tradición latinoamericana que se inventa como algo específico, el «boom» es el momento más alto, y Bolaño es la última cumbre. Después de eso ya es mucho más difícil hablar de literatura latinoamericana».